

LA MÚSICA

MARÍA CAPARRÓS

*Maestra de Educación Infantil
Doctora en Pedagogía*

GUMERSINDO DÍAZ LARA

*Profesor de Música
Asesor de Formación Musical*

Música y gestación

Se ha escrito mucho en los últimos tiempos sobre la beneficiosa influencia de la música sobre el feto. Se ha llegado a decir que la escucha de música por parte de las madres gestantes potencia la inteligencia de su futuro hijo además de desarrollar las capacidades de percepción auditiva que facilitarán los aprendizajes en los que ésta intervenga. Estas experiencias se han llevado a cabo en los Estados Unidos, preocupados como se encuentran sus científicos en estudiar y analizar el desarrollo y las posibilidades del cerebro humano.

Efectivamente, hay estudios que afirman de forma positiva que los órganos de los sentidos se desarrollan entre el segundo y el séptimo mes de la gestación, siguiendo un riguroso orden: el tacto, el gusto, el olfato, el oído y la vista. El universo intrauterino no es un mundo aislado e "insonorizado", desde el sexto mes el sistema auditivo es ya funcional, los fetos pueden oír. Françoise Dolto en su libro *La Cause des enfants* cuenta la experiencia vivida por ella misma, estando embarazada de siete meses: cuando su bebé se agitaba era suficiente la voz de su padre para calmarlo. Igualmente el feto reaccionaba a los ruidos de su entorno y así, cuando sonaba el timbre del teléfono comenzaba a moverse y su ritmo cardíaco se aceleraba.

Teniendo en cuenta estas investigaciones se sabe que en los Estados Unidos existen hoy auténticas escuelas de enseñanza para fetos. Y en Francia, algunas jóvenes madres siguen un método de aprendizaje prenatal del inglés: gracias a unos auriculares especiales colocados so-

bre el vientre de la madre, el feto puede oír pequeñas narraciones en la lengua de Shakespeare y acostumbrar su sistema fonético a los sonidos de otro idioma. Semejantes experiencias se llevan a cabo también con la música y las audiciones a las que se somete a los niños y a sus madres, sirven para educar el sentido del oído y estimular sus posibilidades.

No cabe duda que la audición de una música relajante, puede proporcionar serenidad de ánimo a la futura madre, lo que, sin duda, tendrá su repercusión positiva en el ser que lleva en su seno, que vive, respira y se alimenta física y psíquicamente de ella. No obstante entre la demostración científica de este hecho y su explotación puramente comercial habría una larga serie de escalones, cuya determinación escapa totalmente a las intenciones de este trabajo y, seguramente, a los intereses de la gran mayoría de los lectores.

La música y el bebé

A los bebés, desde sus primeros meses de vida, en la etapa que Piaget denomina estadio sensorio-motor (de 0 a 2 años), les atraen los objetos que producen sonidos o, simplemente ruidos. Es frecuente ver como, en la cuna o en cochecito de paseo, la mamá ha puesto desde el más sencillo sonajero a las más coquetona cajita de música disfrazada de sol, margarita o simpático animalito. No menos frecuente es el intento de aplacar el llanto del pe-

queño haciendo tintinear esas socorridas llaves que llevamos en el bolsillo. Y no digamos el mágico efecto que en el pequeño surte la cálida voz de la madre cantándole una sencilla nana a la vez que, rítmicamente, le acuna. La música, el ritmo y la canción están, pues, presentes en la vida del niño desde que nace.

Tomando como referencia estos primeros goces sonoros, podemos comprender fácilmente que la música, en los albores de una vida, no ha de ser un objeto en sí misma sino más bien un medio; un medio de gran importancia que potencie la mente del niño abriendo el inmenso campo de sus posibilidades expresivas; un medio con el que enriquecer su sensibilidad; un medio que permita, en definitiva, aprovechar su capacidad de asombro dirigiéndola hacia la belleza sonora, la belleza que se escucha. No se trata, pues, de que el niño aprenda música, sino antes bien que se sirva de ella (los adultos también podemos usar de ella) para, progresivamente, ir alcanzando los objetivos de conquista personal y humana que queremos alcanzar como personas. Del mismo modo los profesionales que tratarán al niño en la Escuela Infantil, habrán de utilizar la música y las posibilidades que ésta ofrece para el trabajo global y coordinado de las diversas áreas del conocimiento en las que se estructuran, en este momento y según la nueva legislación, los contenidos de la Etapa de Educación Infantil, sin duda, la más importante de la vida.

La música y los padres

Tanto en el estadio sensorio-motor, que se citó anteriormente, como en el estadio pre-operacional (de los 2 a los 7 años, aproximadamente) siguiendo la clasificación de las etapas evolutivas propuestas por Piaget, que son las edades en las que el niño tiene una relación más intensa, y a veces casi exclusiva, con su propia familia, sabemos que ésta influye decisivamente en su continuo y progresivo hacerse persona.

En estas edades el niño es, por naturaleza, inquieto: su cuerpo y su mente están completamente activos. Es curioso y todo le atrae, especialmente lo nuevo, lo vivo, lo que se mueve, lo que suena. Es espontáneo, libre, actúa por impulso y quiere que le dejen experimentar y experimenta tocando, explorando.

¿Cómo debemos actuar pues, si tenemos en cuenta estas premisas, desde un punto de vista musical? Ante todo, con mucho cariño, mucha paciencia, con toda la sencillez y espontaneidad del mundo y, sobre todo, olvidándonos del reloj (nada fácil en los tiempos que vivimos): ni un minuto dedicado al niño será tiempo perdido ni para el adulto ni para el propio niño.

Con el fin de conseguir una mayor claridad y eficacia en la exposición de nuestras propuestas, las presentamos siguiendo una estructura temática, lo cual no debe ser impedimento para entender su contenido global tendente hacia el trabajo creativo que conduzca al niño a sentir el placer de cantar, moverse, interpretar y expresar con armonía, ritmo y belleza sus sentimientos.



La educación rítmica

Los niños disfrutan enormemente con las actividades rítmicas que se realizan, tanto con ellos como sobre ellos. En el ritmo sonoro encuentra la equivalencia del ritmo de la propia circulación y la respiración. Y, al mismo tiempo, ese ritmo les despierta imágenes motrices a través de las impresiones auditivas. Nos vienen a la mente, a este propósito, algunas de nuestras primeras vivencias infantiles, revividas de nuevo desde nuestra experiencia como padres, como es el caso de aquel recitado rítmico que dice "Éste se encontró una patatita, éste la lavó, éste la peló, éste la guisó y éste que es el más gordito... él solito se la comió"; mientras tanto, apoyando rítmicamente el recitado, nos señalábamos los dedos de la mano ordenadamente desde el meñique hasta el pulgar. O aquel otro en que, sentados a caballo sobre las piernas del papá, agarrados a sus manos y mirando fijamente a su cara, él nos recitaba, al tiempo que acompañaba el recitado al movimiento de sus piernas: "al paso, al paso... al trote, al trote... al galope, al galope, al galope..."

Igualmente los niños disfrutan con canciones y rimas sencillas, a cuyo ritmo, antes que a la melodía, son extraordinariamente sensibles y en las que encuentran especial placer, sobre todo cuando a la estimulación audi-

tiva se le une la expresión física espontánea a través de palmadas, movimientos corporales, gestos, mimos... Sirvan como ejemplo algunas canciones infantiles populares y de corro como aquella que dice: Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva, los pajaritos cantan, las nubes se levantan, que sí, que no, que caiga un chaparrón... que los niños pueden acompañar rítmicamente con palmadas, golpeando palmas sobre las rodillas, pateando sobre el suelo... o ésta otra que dice "aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, los del rey sierran bien, los de la reina también... y ¿los del duque? Truque, truque, truque..." que se recita a la vez que se realiza un movimiento de balanceo a imitación de las antiguas sierras manuales. O aquella otra, aún más sencilla, que al recitado de "cucú, tras, tras", el niño acompaña con gestos de esconderse o taparse la cara con las manos.

En todos estos casos, y muchos más semejantes que a cualquier padre o madre le puede venir a la mente, el niño utiliza su propio cuerpo como instrumento musical, produciendo percusiones con sus manos, sus pies, sus propios movimientos y ¿cómo no? a través de su propia voz... La palabra, el lenguaje oral, se convierte así en elemento generador de la música a través de su componente rítmico, a través de los sonidos, a través de la canción.

La educación vocal

Desde un principio, la voz se convierte en el primer instrumento que utiliza el niño con posibilidades expresivas y lúdicas. Desde el mismo momento de nacer la utiliza de forma intuitiva. Durante los primeros meses de su existencia es objeto de comunicación y continua admiración y sorpresa al ir emitiendo nuevos sonidos, desde los primeros balbuceos hasta la repetición por imitación de sonidos de voces cercanas, como las del padre o la madre, que le estimulan afectivamente. En esos primeros meses el lenguaje es un material de juego : el niño se entretiene y se divierte mediante variaciones y modulaciones de la voz.

Desde que el niño comienza a articular las primeras palabras, hablar y cantar se hallan en estrecha relación. El canto significa en estas edades tanto el desarrollo del lenguaje como de la posterior capacidad musical. Por tanto, cuanto antes estimulemos al niño a experimentar con su voz y su lenguaje tanto mejor.

En esta línea, son muy interesantes, y al niño le hacen mucha gracia las rimas sencillas, los trabalenguas, los cuentos y las leyendas que permiten al adulto hablar con él, cantar o dejarle que complete determinadas palabras. Los versos pueden hacer más divertidas y llevaderas determinadas experiencias, como ocurre cuando la madre quiere hacer comer a su pequeño y, al tiempo que le acerca la cucharita a la boca, le recita, casi cantando : Una

cucharada para el ratoncito, una cucharada para el conejito, una cucharada para el muñequito...

La utilización de la voz, tanto para hablar como para cantar, es educable, puede corregirse y mejorarse. No obstante, aún no debe pretenderse que el niño aprenda las canciones correctamente, sería un error, creemos, querer frenar la espontaneidad del niño demasiado pronto y pretender mejorarlo forzosamente, porque, desde el punto de vista del adulto, no canta de forma correcta. Es preferible mantener durante largo tiempo en el niño las ganas de cantar, de fantasear, de fabular, de jugar con su voz y con el lenguaje, aunque corte las canciones por donde quiera o que improvise o invente lo que se le ocurra hasta el final de la canción. Siempre resultarán especialmente atractivas al niño las canciones con sonidos onomatopéyicos, las que se puedan acompañar con mimo, las que incluyen en sus textos graciosos y chocantes disparates y, en fin, todas aquellas que aporten posibilidades de juego y que permitan al niño profundizar en la alegría del canto.

La educación auditiva

Si deseamos acercar al niño a la música debemos enseñarle primero a escuchar : escuchar todo aquello a lo que apenas se presta atención, lo que le podemos decir, lo que el puede descubrir. Pero no siempre los niños tienen el clima adecuado y sereno para escuchar, especialmente en las ciudades que, generalmente, se ven inmersas en multitud de ruidos procedentes tanto de un ambiente tecnificado y agresivo, como de una incontrolada afluencia de sonidos musicales.

Desde que el niño comienza a adquirir sus primeras impresiones y sensaciones auditivas, los padres debemos crear un ambiente tranquilo en el que el niño aprenda a escuchar, desentrañar y diferenciar con atención un sonido determinado. Cuando el pequeño se haya concienciado de los ruidos del ambiente, curiosará e investigará con las fuentes de sonido de su entorno: el agua (burbujas, chapoteos, goteos...), el cristal (vasos, botellas, frascos...), el metal (llaves, chapas de refrescos, botes, los barrotos de la verja, el radiador de la calefacción...), la madera (la mesa, las puertas, los palos, un bloque, una bola...), el papel (periódicos viejos, folios desechados, tapetes de mesa usados...), el plástico (vasos de yogurt, tubos sobrantes de instalación eléctrica, cubos, barreños, botellas de leche vacías...) Cada material tiene su propio sonido que, a su vez, varía según la forma en que es producido : golpear, rasgar, frotar, dejar caer... Hay que propiciar que el niño conozca las propiedades sonoras de cada material, por descubrimiento propio. De esta manera interaccionan las primeras vivencias físicas con el natural

Cuanto antes
estimulemos al niño a
experimentar con su
voz y su lenguaje
tanto mejor

interés y curiosidad por el sonido y el ruido. No cabe duda que experimentar con las posibilidades sonoras de un trozo de madera o de una caña hueca o un tubo de cartón del papel aluminio de uso doméstico son los primeros pasos para la comprensión sonora de un violín o una flauta, por ejemplo...

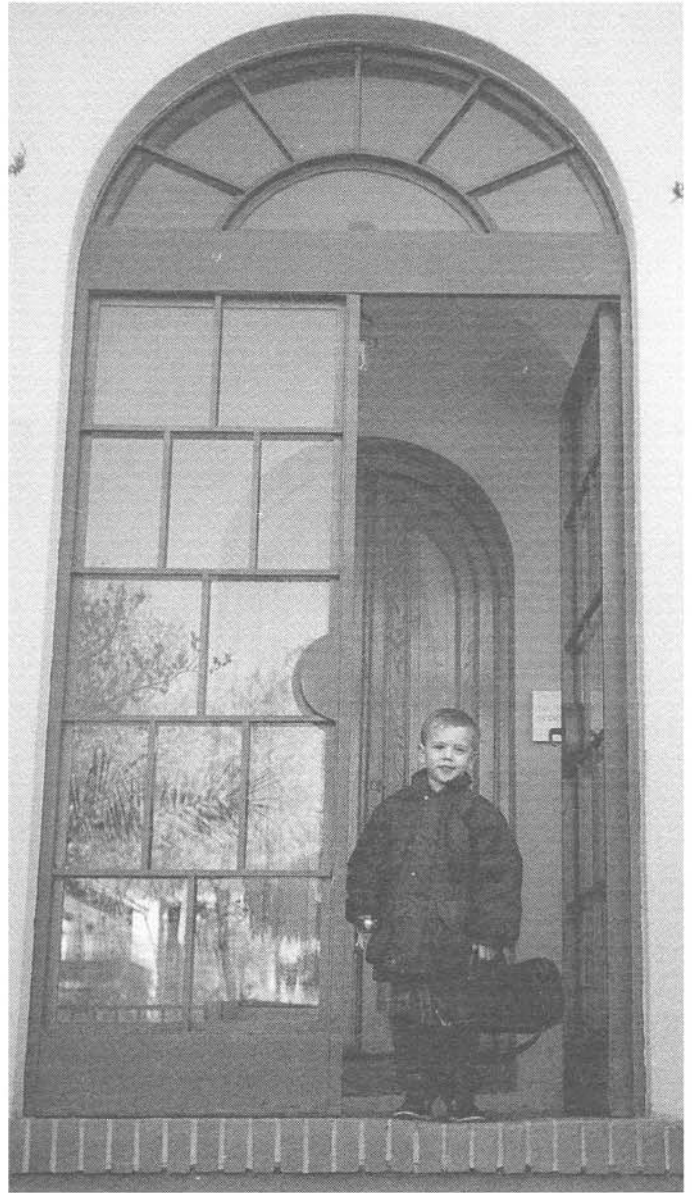
Por otra parte la música de la radio, la televisión o el propio tocadiscos familiar, se ha convertido en una compañía casi constante de nuestra vida diaria: cuñas publicitarias, canciones folk, pop, jazz, rap, música clásica... constituyen el fondo musical de nuestras vidas y también de la vida del niño. Este fondo musical supone, sin duda, una importante influencia tanto en el desarrollo musical del niño como en su educación en general y esto es quizás lo más importante: la constante y machacona invasión de imágenes visuales y auditivas provoca en el público en general, y en el niño en particular, la inclinación a consumir. Nuestra misión como padres, por lo tanto, consiste en escoger de forma crítica las emisiones radiofónicas, los programas de televisión, los discos etc... sólo así tendrán una utilidad beneficiosa, en virtud de los valiosos estímulos que pueden poner a disposición del niño en este campo.

Los instrumentos

La natural curiosidad infantil no se detiene ante los instrumentos convencionales que usan las personas mayores, como un piano, un violín, una guitarra... Si en el hogar hay alguno de estos instrumentos, el niño tendrá ocasión de escudriñar y ensayar sus posibilidades para tocarlos. Así por ejemplo descubrirá que la guitarra (instrumento frecuente en los hogares) puede sonar tirando de sus cuerdas o dando pequeños golpecitos en la madera...

Las más actuales investigaciones sobre el desarrollo cerebral de los niños sostienen que es antes de la edad de los tres años, período de vertiginoso crecimiento del cerebro, cuando hay que actuar. Así el profesor japonés Suzuki, desde su juventud trataba de encontrar una forma práctica de enseñar a tocar el violín a los niños. Su meta no era producir niños prodigio en música sino que a través del aprendizaje del violín y de la música se facilitara a todo niño desarrollar todas sus cualidades, habilidades y capacidades. Hoy con el mundialmente conocido método Suzuki, se pone un violín en las manos del niño en cuanto éste es capaz de mantenerlo sin que se le caiga. No se pretende con ello fabricar violinistas profesionales, sino que, a través del conocimiento del violín, el niño aprenda a concentrarse, adquiera seguridad en sí mismo, active su cerebro porque, en definitiva cuando el cerebro se abre, se abre para todo, no sólo para la música afirma Isako Yoshimura, discípula del profesor Suzuki.

Los centros en los que se enseña a los más pequeños a tocar el violín ya se van popularizando en España. Isako Yoshimura da clase a un grupo de niños en Madrid. En Barcelona se conocen centros en los que se llevan a cabo estimulaciones precoces que tienen como base los estu-



dios realizados por Doman en Filadelfia y entre las estimulaciones precoces se lleva a cabo la propuesta por Suzuki para la enseñanza de la música y el aprendizaje de un instrumento por que en palabras del profesor el talento, en el ámbito musical, no es hereditario como en otros ámbitos por eso se deben buscar los medios y los métodos para desarrollarlo a través de la educación.

Conclusión

Sólo unas pocas palabras para resumir y subrayar la importancia de estos primeros aprendizajes y cómo son los padres, con su exquisita sensibilidad, los que pueden rodear al niño de un ambiente propicio para que ninguna de sus capacidades se atrofie, para que ninguna de sus posibilidades se queda sin desarrollar, para que desde el hogar, desde la familia, se pongan en alerta todos los mecanismos y se empleen todos los recursos.